

Merril B. Hintikka y Jaako Hintikka, *Investigating Wittgenstein*, Oxford/New York: Basil Blackwell, 1986, xx + 326 pp.

Es altamente probable que, de las filosofías producidas en el siglo XX, las de Ludwig Wittgenstein sean las que más polémicas, discusiones y controversias hayan suscitado. En efecto, se cuentan ya en miles los artículos escritos en torno a ellas. Esto es lo que hace que resulte particularmente difícil decir algo novedoso acerca de ellas. De ahí que cuando se logra hacerlo, lo que se dice revista especial interés e importancia y creo que éste, precisamente, es el caso del excelente libro que Merrill B. Hintikka y Jaako Hintikka nos entregan ahora. *Investigating Wittgenstein* de hecho tiene de todo: atrevidas interpretaciones de secciones o pasajes clásicos de la obra de Wittgenstein, asombrosas reconstrucciones de procesos de pensamiento por los que Wittgenstein pasó para que finalmente cristalizaran sus puntos de vista, temerarias críticas de interpretaciones firmemente establecidas, etc. El resultado de la labor de investigación efectuada por los autores es simplemente un cuadro casi totalmente nuevo: se nos pinta a un Wittgenstein nunca visto hasta ahora. Como era de esperarse, es prácticamente imposible que una lectura tan novedosa y original como la que los autores hacen de los textos de Wittgenstein no genere dudas o, por qué no decido, oposición en diversos puntos, pero esto en nada podría disminuir el valor de una interpretación coherente y penetrante como ésta. En lo que sigue, haré un breve recuento de las tesis importantes del libro (que son muchas) y después comentaré críticamente algunas de las ideas expuestas.

Empecemos con la estructura del libro. Éste se compone de once capítulos. *Grosso modo*, los cinco primeros están dedicados a la filosofía del período del *Tractatus*, los tres siguientes al período “intermedio” y los últimos tres a la fase de madurez del pensamiento wittgensteiniano. Hay que decir que, a pesar de cubrir temporalmente el todo de la actividad filosófica de Wittgenstein y de abarcar en él discusiones una variedad exuberante de temas, en el libro no se contempla mucho de lo que Wittgenstein enseñó respecto a, *e.g.*, la religión, las matemáticas o la estética, entre otras. Los autores se concentran, en general, en diversos aspectos de la filosofía del lenguaje y consideran con detenimiento algunas posiciones en metafísica y en filosofía de la psicología. Es claro, por otra parte, que los temas abordados en el libro son temas centrales en el pensar de Wittgenstein.

Desde las primeras líneas los autores examinan, sin rodeos ni frases superfluas, lo que de acuerdo con ellos es el presupuesto fundamental de la filosofía del *Tractatus* y, en verdad, de Wittgenstein en todos sus períodos: la inefabilidad de la semántica. Siguiendo a Frege, se nos explica, Wittgenstein concibió siempre al lenguaje como el “medio universal”, del cual, por lo tanto, uno no puede “salirse” (esta tesis es la fuente de la paradoja fregeana de que el concepto de caballo no es un concepto). Este “supuesto” acarrearía como consecuencia el que las relaciones semánticas, *i.e.*, las relaciones “lenguaje-mundo”, sean inexpresables, puesto que su descripción tendría que efectuarse desde fuera del lenguaje, esto es, desde una plataforma diferente, de la cual obviamente carecemos. Contrariamente a lo que todo el mundo (Russell incluido) ha pensado, el *Tractatus* no afirma la inexpresabilidad de la sintaxis. *In contrast, the syntax of language can be expressed and discussed in language* (p. 11). Nótese que lo que ha impregnado de misterio a muchos de los pronunciamientos wittgensteinianos es justamente el no haber sacado a la

luz el “supuesto mencionado”, de tal modo que cuando se lo hace los pronunciamientos pierden automáticamente su carácter esotérico y se vuelven casi evidentes. Una sección importante del capítulo es la destinada a mostrar cómo Wittgenstein se aplicó a sí mismo, con más rigor inclusive en el segundo período que en el primero, sus doctrinas de la universalidad del lenguaje y la infabilidad de la semántica. Éstas son las doctrinas que están en la base de su rechazo de todo tipo de “metateoría” y de la filosofía como sistema de “verdades”.

En los siguientes capítulos, los Hintikka exponen y defienden tesis de crucial importancia, como la de que los objetos de los que se habla en el *Tractatus* incluyen tanto particulares como universales (propiedades y relaciones), que los nombres son también signos para relaciones, que los objetos del *Tractatus* son objetos de experiencia inmediata, *i.e.*, conocidos directamente, en el sentido fuerte de Russell (“*by acquaintance*”). Nos explican asimismo, con generosidad de detalles, en qué consiste la simplicidad de los objetos, su esencial inexpresabilidad y su atemporalidad, todo ello en concordancia con la interpretación de los objetos como objetos fenomenológicos. Esto, naturalmente, lleva directamente a los autores a temas como los del solipsismo y la naturaleza de la forma lógica y de la lógica en general. Según los autores, Wittgenstein sostenía que los objetos son **míos** (“el mundo es mi mundo”), pero que él no estaba comprometido con la idea de que esos objetos son **necesariamente míos**, puesto que según el *Tractatus* los objetos son la sustancia de todos los mundos posibles. *Wittgenstein ‘s point is that, even if the world is constructed of basic objects that as a matter of fact have a certain relation to myself, viz., being given to me, this relation does not belong to the essence of objects* (p. 66). Esto es lo que permitiría explicar pronunciamientos como el de 5.2. Una aportación particularmente original de los autores – que se deriva de su interpretación del *status* de los objetos – es que pueden explicar el significado de ‘mostrar’, término clave del *Tractatus*: el “mostrar” es el equivalente wittgensteiniano de la ostensión. ‘Mostrar’ debe ser leído **literalmente**. Esta tesis, aunada a la de la infabilidad de la semántica, explica por qué Wittgenstein no podía dar ejemplos de objetos (estos sólo “se muestran”).

En lo que a la lógica atañe, Wittgenstein es visto como un “heredero” de Frege. Ambos ofrecen el mismo tratamiento de las conectivas lógicas, asumen lo mismo respecto a la identidad y adoptan la misma actitud frente a la lógica de orden superior. La gran diferencia entre ellos tiene que ver con los cuantificadores: *the main difference between Frege and Wittgenstein is that Wittgenstein tried to reduce them to truth-functions* (p. 89). Esto, sin embargo, no era un mero capricho por parte de Wittgenstein. Lo que sucede es que el rechazo de la peculiar noción russelliana de forma lógica obligó a Wittgenstein a concebir a esta última como algo derivado o construible a partir de las formas de los objetos. Fue éste el resultado de un movimiento reduccionista en ontología en contra de Russell: *Not only were the logical forms of simple objects important for Wittgenstein; they were all important. All logical forms can be constructed from them according to the Tractatus, because they now have to do the job which complex logical forms were performing for Russell* (p. 53). Los autores rastrean también con cuidado y agudeza cuatro principios fregeanos incorporados en el *Tractatus*, con lo cual se confirma que Wittgenstein en efecto pertenece a la tradición “Frege - (y por otras razones) - Russell” (p. 90).

Lo que después de estas consideraciones se nos ofrece es una reconstrucción detallada de la “Teoría Pictórica”. En manos de los autores, ésta deja de ser una teoría de la proposición para convertirse en una teoría de la verdad. *In reality it can be considered (. . .) as being little more than a dramatization of certain Fregean ideas which Tarski later built into his truth-conditions for atomic propositions* (p. 92). Esto no quiere decir que las teorías de Wittgenstein y Tarski sean idénticas, pues hay entre ellos importantes diferencias (p. 96), sino más bien que son equivalentes. Se estudian también casi todas las nociones por medio de las cuales Wittgenstein articula su teoría: isomorfismo, multiplicidad lógica, relación pictórica, operación, etc. Es preciso señalar, en conexión con esto, la muy iluminadora discusión de lo que Wittgenstein llama su “idea fundamental”, a saber, que las constantes lógicas no son nombres (4.0312), porque de alguna manera esta discusión liga o agrupa resultados ya alcanzados en el libro y prepara el terreno para la discusión de la noción de forma lógica. Un resultado notable de esta exégesis es que *Wittgenstein’s theory of truth-functions is not a metaphysician’s excursion into pure logic, but a link in Wittgenstein’s chain of reasons for his overall view of language and its connection with the world* (p. 109). Los autores revisan los puntos de vista de Wittgenstein sobre los colores y muestran cómo su incompatibilidad no cancela la tesis de que los objetos son simples y que son tanto particulares como universales. El *quid* del argumento reside en que los objetos, a pesar de simples, están estructurados: *even the simplest Wittgensteinian objects are fully structured. They are therefore radically different from such ‘bare particulars’ as Russell’s sense-data were sometimes taken to be by their postulator*” (p. 134). Como es obvio, si esto es correcto, interpretaciones como la de E. Anscombe se derrumban.

Los capítulos 6 y 7 son una extraordinaria reconstrucción de las metamorfosis del pensamiento de Wittgenstein. Una vez más, nos encontramos con interpretaciones audaces y convincentes. Desde un punto de vista histórico, un resultado importante es que queda plenamente justificada la acusación de plagio que en contra de Carnap elevó Wittgenstein por carta (pp. 145-47). Filosóficamente, lo más importante es la tesis de que hay sólo dos Wittgenstein y que la clave para diferenciarlos y comprenderlos nos la da la tesis del abandono por parte de Wittgenstein del lenguaje fenomenológico del *Tractatus* en favor del lenguaje “fiscalista” o, mejor dicho, natural. Pero lo que pretenden los autores es hacer ver que fueron **los mismos** problemas los que hicieron que Wittgenstein se sintiera insatisfecho con la primera respuesta: *“even though Wittgenstein changed his basic philosophical language, he did not change the aims of his philosophical enterprise”* (p. 140). Para sostener esto, los autores se apoyan en un número impresionante de bien elegidas citas, extraídas tanto de los textos publicados como de los manuscritos de Wittgenstein. De manera realmente excitante, los autores nos describen lo que probablemente fue la evolución **diaria** del pensamiento de Wittgenstein, en particular en octubre de 1929. Se nos explica cómo y por qué surgieron las primeras dudas de Wittgenstein acerca del “lenguaje básico” o “primario”, cómo empezó a adquirir vigor la idea de verificación, tan útil para los empiristas, cómo Wittgenstein criticó su propia caracterización de la ostensión y de la nominación, cómo entonces y casi súbitamente adquirieron prominencia las reglas y cómo la fueron perdiendo en beneficio de los “juegos de lenguaje”. Toda esta aventura filosófica está contada con tal riqueza de detalles, con tal acopio de datos, con tanta precisión, que al reseñista le parece que por lo menos esta sección del libro es insuperable y prácticamente representa la última palabra al respecto.

En los capítulos restantes, los autores centran la discusión en lo que ellos consideran que es la gran aportación conceptual del pensamiento maduro de Wittgenstein: la noción de juego de lenguaje. Una tesis principal del libro es que el papel de los juegos de lenguaje es el de constituir *the basic semantical links between language and reality* (p. 212). En contra de lo que los autores llaman *the received view*, ellos sostienen que lejos de desentenderse del tema de los vínculos entre el lenguaje y la realidad, Wittgenstein se sintió siempre preocupado por él. Así, los autores rechazan la tesis de que el último Wittgenstein se concentró tan sólo en el examen del papel que el lenguaje desempeña en nuestras vidas. Y si Wittgenstein no lo dijo explícita o abiertamente, fue sencillamente porque *he did not think it was sayable* (p. 215). En otras palabras, Wittgenstein seguía manteniendo la tesis de la inefabilidad de la semántica. No sólo eso: los autores sostienen que Wittgenstein tampoco abandonó la Teoría Pictórica de la Verdad. Lo único que sucedió es que Wittgenstein amplió su espectro de lo que podía pasar por “movimientos” en los juegos de lenguaje.

El capítulo 10 – *Wittgenstein on Private Experience* – contiene un examen minucioso de la argumentación wittgensteiniana en contra de los lenguajes privados que, como era de esperarse, difiere de la casi totalidad de las hasta ahora ofrecidas. Siguiendo a Kripke, aunque sin mencionarlo, los autores ligan esa discusión particular con la cuestión de lo que es seguir una regla y no ven el ataque de Wittgenstein como un ataque dirigido especialmente en contra de los lenguajes fenomenológicos. El lenguaje natural ya lo había reemplazado en el pensamiento wittgensteiniano. Lo que los Hintikka tienen que decir es, básicamente, que, según Wittgenstein, *there really are private experiences, and there really are expressions naming them and referring to them*” (p 247). El problema real no es el de si las sensaciones son o no privadas, sino cómo compartirlas. Lo que Wittgenstein solucionó fue **este** problema y lo logró articulando y aplicando su noción de juego de lenguaje. Lo que Wittgenstein habría echado por tierra en su discusión es, entre otras cosas, el modelo agustiniano del lenguaje (que también era el del *Tractatus*): el modelo nombre-objeto. Apelando a los “juegos de lenguaje fisonómicos”, Wittgenstein pudo explicar cómo es posible que el lenguaje público funcione para hablar de lo que es privado: *Wittgenstein is not denying the reality of private experiences or events, their role in the relevant language-game. What he is saying is that they enter into this language-game via their natural physiognomic correlates. As a consequence, the relation of these correlates to private experiences themselves is not a contingent or epistemic one; it is a logical (semantical) connection, constitutive of the language-game in question*” (p. 258).

En el último capítulo se presentan – y se argumenta a favor de ellas – once tesis que tal vez nos sea útil enunciar. Las tesis son:

- 1) No sólo los juegos de lenguaje fisonómicos permiten dotar de sentido al discurso sobre las experiencias privadas.
- 2) Un marco alternativo a los juegos de lenguaje fisonómicos lo constituye el correlato fisiológico de las experiencias.
- 3) Hay una jerarquía de juegos de lenguaje.
- 4) Los “movimientos” en los juegos de lenguaje primarios son incorregibles.
- 5) Experiencias y conducta son separables en juegos de lenguaje secundarios.

- 6) La relación entre los movimientos en los diferentes juegos de lenguaje es semántica, no epistémica.
- 7) No se recurre a criterios o a reglas en los juegos de lenguaje primarios.
- 8) Conceptos como “conocimiento”, “creencia”, “duda”, etc., sólo pueden emplearse en juegos de lenguaje secundarios.
- 9) El discurso sobre actitudes proposicionales no se funda en los juegos de lenguaje fisonómicos.
- 10) El vocabulario de colores es paralelo al de sensaciones.
- 11) Para otras clases de experiencias mentales pueden requerirse otros juegos de lenguaje.

Con esto, aunque sea burdamente recogemos el contenido global de libro. Quisiera ahora hacer algunos comentarios, no sin antes señalar que es imposible realizar una discusión como la que el libro ciertamente merece en un espacio tan reducido, por lo que literalmente me limitaré a escoger algunas de las tesis más controvertibles y a emitir un par de opiniones críticas al respecto.

En general, el tratamiento de la filosofía del *Tractatus* es sumamente convincente. No hay que olvidar, empero, que una interpretación alternativa, *viz.*, la que hace de los objetos no objetos de experiencia sino, al contrario, objetos trascendentales, también es atractiva y plausible. Dejando de lado este conflicto particular, sí es legítimo preguntar, en relación con el *status* metafísico de los objetos, qué es lo que los Hintikka quieren sostener. Por un lado, se rechaza (acertadamente y por una gama de razones) la identificación de los objetos con los *sense-data* de Russell (sería mejor, quizá, contrastarlos con los *sensibilia*), a pesar de ser tanto unos como otros conocidos directamente. *Phenomenological objects need not be phenomenistic* (p. 72). De este modo, los autores hacen de Wittgenstein un realista, lo cual concuerda con lo afirmado en 5.64. Pero el “realismo fenomenalista” no es algo fácil de entender, es decir, no es fácil entender cómo objetos de experiencia inmediata (los objetos que conforman mi mundo, puesto que “Mundo y vida son lo mismo” (5.621) sean en algo diferentes de los *sense-data*. De ahí que los autores tengan que reconocer que al inicio de su segundo período, *i.e.*, su período de auto-aclaración y autocrítica, a Wittgenstein haya que adjudicarle el punto de vista de que lo que él rechaza es la posición que hace de los objetos de experiencia *sense-data* (en particular, véanse las dos citas de las páginas 58 y 59). El comentario de los autores habla por sí solo: *A comparison with the Tractatus hence suggests very strongly that the world postulated there consists at least partly of something like sense-data* (p. 59). La ambivalencia es, pues, evidente, y nos quedamos así sin poder determinar con seguridad si los objetos del *Tractatus* son o no son como los particulares de Russell.

Otro punto que vale la pena enfatizar es que, si bien en la exposición de la filosofía del *Tractatus* se hace (¡por fin!) justicia a Russell (en particular, se realiza la importancia del famoso texto, nunca publicado por Russell, *Theory of Knowledge*), paradójicamente no se hace ni siquiera mención de la Teoría de las Descripciones, sin la cual la filosofía del atomismo lógico es simplemente incomprensible. La noción misma de conocimiento directo, esencial a la exposición que se nos ofrece, se deriva de ella. Todo lo que se dice acerca de la infabilidad de los objetos, su indestructibilidad, su atemporalidad, etc., son consecuencias de la teoría de Russell, que él ya había extraído para sus particulares. En la

reconstrucción de los autores hay, por lo tanto, un eslabón perdido. Y cabe también señalar que es altamente dudoso el que Russell haya hecho suya alguna vez, como se afirma en la página 4, la tesis de la universalidad del lenguaje. En verdad, los autores mismos sugieren 20 páginas más adelante, que Russell rechaza esa tesis fregeana por las dificultades a las que conduce. La crítica de Russell a la teoría semántica de Frege se funda, entre otras cosas, en que dicha teoría conduce directamente a paradojas (e.g., “el concepto X no es un concepto”). *Russell was ready to use the inexpressibility of Frege’s theory as a reason for rejecting it*” (p. 24). Por mi parte, pienso que el error fue el de haberle primero atribuido a Russell un punto de vista que éste nunca defendió.

Estos puntos, sin embargo, no son más que minucias o detalles, pues, como ya dije, la reconstrucción de la filosofía del *Tractatus* es magistral y convincente, así como es realmente fascinante la del período de auto-crítica en 1929 y a principios de los 30. En donde las cosas ya no son tan transparentes, y mucho menos convincentes, es en la exposición del pensamiento del último Wittgenstein. Por ejemplo, la discusión de lo que son y para lo que sirven los “criterios” es insatisfactoria y, en términos generales, inaceptable. Según los autores, no se necesitan criterios en los juegos de lenguaje fisonómicos. Esto parece ser un error: no se necesitan para la auto-atribución de sensaciones, pero es claro que son indispensables para la atribución en tercera persona. Asimismo, la noción de juego de lenguaje, que recibe un tratamiento privilegiado en el libro, es usada en ocasiones de manera equívoca o confusa, como cuando se dice que *These physiognomic language-games constitute the most important kind of a public framework that makes it possible for us to speak of our private experiences* (p. 273). Aquí parece estar implicado el que los juegos de lenguaje son un intermediario entre las experiencias y el discurso acerca de ellas, cuando en realidad son ellos mismos los “instrumentos” mediante los cuales hablamos de nuestras experiencias.

Una incompreensión mayor es la que lleva a la extraña idea de que el segundo Wittgenstein era en el fondo un metafísico cartesiano. Los autores piensan que lo único que Wittgenstein quería echar por tierra era el modelo agustiniano aplicado a las sensaciones, no su carácter privado. Una y otra vez, los autores insisten en que la discusión contra la fenomenología es puramente de orden semántico, no epistémico. Esto, naturalmente, los obliga a hacer lecturas excesivamente rebuscadas de pasajes que se ofrecen como evidencia (e.g., p. 259), además de que los hace defender la idea de que el rechazo (o la aceptación) de tesis de semántica filosófica no tiene implicaciones en otros contextos. Errores como estos los hacen decir, por ejemplo, que *Of course we cannot say in language that sensations and their items are private, according to Wittgenstein . . . It is only one of the consequences of the ineffability of semantics* (p. 265). Pero esto es falso: para Wittgenstein la expresión ‘las sensaciones son privadas’ es perfectamente legítima: es como ‘el solitario se juega solo’ (cfr. *Phil. Inv.*, sec. 248). Es sencillamente una regla gramatical. Esto me lleva a algo que creo que es un defecto fundamental del enfoque de los autores: hay una familia de conceptos wittgensteinianos que no son comprensibles más que en conjunto y que no tiene mayor sentido considerar o estudiar o aplicar aisladamente. La noción de juego de lenguaje, por ejemplo, mutilada de la noción de forma de vida, se transforma en una categoría filosófica convencional. Y esto es lo que le sucede en el tratamiento de los autores. En especial, faltan en el libro reseñado esfuerzos por aclarar los conceptos de gramática y de

forma de vida (este último es mencionado sólo *en passant*). Su tratamiento es, pues, en el mejor de los casos, incompleto.

El libro contiene un número impresionante de puntos de vista y de tesis que merecerían un comentario detallado y extenso. Por razones obvias, esto es algo que no podemos hacer aquí. Pero, independientemente de ello, espero haber logrado transmitir al lector la idea de que es éste un libro primordial, que servirá para tonificar la discusión sobre el pensamiento de Wittgenstein y para hacer ver por qué es éste actual, por qué está vivo. Es un libro valiente, decidido, en donde no encontramos las usuales paráfrasis y repeticiones, sino una exposición lúcida y que, a no dudarlo, impulsará la discusión y generará nuevos esfuerzos de interpretación. Es, pues, un libro que los estudiosos de Wittgenstein no podrán ignorar y que, estemos de acuerdo con las tesis que en él se defienden o no, representa una interpretación poderosamente argumentada y desde ahora clásica del pensamiento de Ludwig Wittgenstein.